

## PUNTO Y COMA

No todos actuamos como si fuéramos un escaparate repleto de espejos que dictan la verdad. Todos escondemos algo sombrío. Algunos, escogen sus palabras letra por letra.

El reloj de pared de la oficina marcaba las once y media cuando el inspector Miller salió a fumarse un cigarro a la entrada de la comisaría. Llovía, pero no le importó.

El aguacero que caía sobre la fría noche de Manhattan perduró tan solo unos minutos en el tiempo. El tabaco se había convertido en su vía de escape.

Últimamente, la rutina le estaba abrumando de tal forma que, a veces, sopesaba entregar su placa y retirarse del cargo. Sentía que todo le venía grande, que la malicia se le escurría de las manos, tan solo por ver cadáveres diariamente.

Entró en el edificio y se sentó de nuevo en su escritorio. Acabó de redactar unos informes, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Era tarde y los pocos agentes que trabajaban de noche, estaban patrullando por las lóbregas calles de Nueva York. Así que, atendió él la llamada.

—Inspector Miller al habla. ¿Qué desea?

Nadie respondió.

—¿Oiga? ¿Sigue ahí?

La bombilla del flexo se fundió y la persona que se encontraba al otro lado de la línea colgó.

Miller se extrañó, pero no le dio mucha importancia. A los minutos, volvió a sonar.

—Buenas noches, inspector Miller al habla. ¿Qué desea?—. Oyó una voz lejana, pero ininteligible.

—¿Sigue ahí?— insistió con un tono más molesto.

—*Para una gran mente nada es pequeño. 423 Soundview Ave.*

Colgó.

El inspector tuvo un mal presentimiento. Montó en su furgón policial y condujo hasta la dirección. Se temió lo peor.

Acabó en una gasolinera antigua a las afueras de Manhattan rodeada de casas destrozadas e indigencia. Todo estaba desierto. Silencio. Aire de poniente. Una calle de mala muerte.

Nada más estacionar el vehículo, vio a una mujer tumbada en el suelo.

Se acercó, temblando. Vio que estaba herida, que le habían abierto desde la clavícula hasta los ovarios. Sangre. Placenta. Observó cómo le arrancaron a sus hijos de su cuerpo —hubiesen sido gemelos—. Los tres sin vida. Una imagen imborrable.

23:59 hora de defunción.

Antes de irse, Miller se percató de un papel que había en el suelo. En él, había dibujado un punto y coma. Ató cabos y comprendió aquella frase del teléfono. Supo que ese no sería el único crimen de la noche.

**NOTA: 0,5 / 0,5**